

## Libros y revistas *extra*-ordinarios



## LIBROS Y REVISTAS *EXTRA-ORDINARIOS*

**Irma Munguía y Gilda Rocha (2007), *Diccionario antológico de aforismos*, México, Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa**

**D**ebo comenzar por agradecerles a Irma y a Gilda que me hayan invitado a participar en la presentación de su *Diccionario antológico de aforismos*, el pasado 13 de noviembre, en el marco de la Semana de Lingüística de la UAM-Iztapalapa. Una decisión que me parece que tomaron, a pesar de mi profunda ignorancia sobre un tema que ellas han estudiado tanto y por mucho tiempo, porque saben bien que soy una lectora compulsiva de aforismos, una manía que comenzó cuando llegaron a mis manos, en la década de los ochenta, los aforismos de Lichtenberg, para mí, el más grande aforista, y al que creo sólo se le ha aproximado Karl Kraus, el célebre editor del periódico *Die Fackel* (“*La antorcha*”), quien supo usar al lenguaje como una poderosa arma para denunciar la decadencia de la cultura bajo el imperio de los Habsburgo. No puedo dejar de mencionar el impacto que produjo en mí, por esos mismos años, el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein, un libro de filosofía compuesto por aforismos estructurados como un engranaje de enorme precisión, cuyo objetivo es el de permitirnos acceder al límite del mundo fáctico, el umbral desde el cual se puede vivenciar el mundo como una totalidad y tener la visión justa de las cosas, cuya expresión más clara es el silencio lógico, que queda plasmado en el aforismo final que, cabe señalar, ha producido mucha palabrería filosófica: “De lo que no se puede hablar es mejor callarse”.

Y si con Lichtenberg disfruté de un sentido del humor melancólico, el Wittgenstein del *Tractatus* me permitió comprender que el aforismo era la condensación más pura de la concepción platónica de que ética y estética son lo mismo. Un criterio de corrección en el que la belleza coincide con el cuidado de uno mismo, convirtiendo la vida personal en una obra de arte. Pues el aforismo,

en su concisa elegancia, enuncia una posición personal que declara la responsabilidad ante lo dicho y posibilita una autoconciencia lingüística que abre paso al pensamiento auténtico, en el que no es lo más relevante la aceptación de la *doxa*, la opinión común, sino la toma de posición ante lo dado. De ahí surge su naturaleza paradójica, la distancia que toma ante lo normal dibujando horizonte hacia lo abierto, pues no debemos olvidar que aforismo es palabra de origen griego, *aphorismós*, que se derivaba a su vez de *aphorizein*, ‘separar marcando límites’; de *ap(o)-* ‘lejos’ y *horizein* ‘separar’, pues *hóros* es ‘límite’ e *izein* ‘hacer que sea’. De la misma raíz se deriva “aoristo”, tiempo verbal del griego clásico en el que no se indica si la acción verbal ha terminado, ya que literalmente significa “sin horizonte”.

Es pues el aforismo una expresión que por su brevedad y concisión limita, pero para romper un límite: paradójicamente, cierra para abrir sentido. Su rasgo esencialmente expresivo lo emparenta con el adagio, que se caracteriza por el sentido doctrinal de un consejo que se pretende proporcionar, y que literalmente significa “acción de hablar”, de ahí que sea el acto de pronunciarse, en el que quien dice y lo dicho son lo mismo. En cuanto a su calidad memorable, se aproxima al apotegma, en el que lo relevante es que quien lo haya pronunciado sea un personaje célebre, de ahí que la unidad entre quien dice y lo dicho se plasma en el *ethos*, tal y como ocurre con la célebre frase del “Che”: “Revolucionario es quien se revoluciona a sí mismo”, que no podemos comprender sin ver en ella plasmada la vida de Ernesto “Che” Guevara.

No es entonces el aforismo un acto individualista, a pesar de que uno de sus rasgos más destacados sea precisamente la autoría, pues su efecto de ruptura implica ir al encuentro de todos, no obstante que debemos aceptar que la recepción del aforismo exige un lector dispuesto a producir en sí mismo una crisis de pensamiento, pues decía Lichtenberg que “un libro es como un espejo: si un mono se asoma a él no puede ver reflejado a un apóstol. Carecemos de palabras para hablar con los tontos de sabiduría. Ya es sabio quien entiende a un sabio”.

El aforismo es la reunión de la filosofía y de la poesía porque en él se da el vuelo más alto de la razón, parafraseando a Novalis, de ahí que los grandes aforistas suelen ser, o bien filósofos poetas, como Wittgenstein, o bien poetas filósofos, como Pessoa. Y este encuentro surge precisamente de que su tema sea uno sólo: la verdad; pero no para establecer *una* verdad, sino para estar en la eterna búsqueda de ella; lo cual produce que la aparente contradicción sea su

fisonomía, pero también el alma oculta de esas palabras, que una vez proferidas, abren la posibilidad de pensar por sí mismo, ese sello rebelde que aparece incluso cuando queremos definir al aforismo desde un punto de vista lógico. Pues, no siendo su propósito el de adoctrinar, se resuelve en una disolución de la certeza en que se encubre la verdad. Su eficacia consiste en ser un dardo de enorme puntería disolutoria, como sucede en este aforismo de Karl Kraus:

El psicoanálisis es una enfermedad mental que cree tener su propia cura.

Sintético ensayo en que se desintegra al psicoanálisis en sus fundamentos, y digo ensayo porque si con algún género está emparentado el aforismo es con éste, en virtud de su renuncia a cumplir con el orden lineal de la argumentación que avanza poniendo un ladrillo sobre otro, a partir de una solidez que se sustenta en la intersubjetividad del conocimiento. La libertad del ensayo, que le permite moverse desde la ciencia hasta la poesía, se funda en que su compromiso consiste en expresar una idea personal sobre cualquier tema, esa autoría que también es característica del aforismo. Y si bien el ensayo es rebelde como el aforismo, no por ello es un ensayo resumido, como lo aclara Lichtenberg:

*Decir mucho en pocas palabras* no significa hacer primero un ensayo y luego acortar los párrafos, sino reflexionar sobre el asunto y expresar lo mejor de la reflexión, de tal modo que el lector inteligente distinga que algo se ha suprimido; significa, en realidad, dar a entender, con un mínimo de palabras, que se ha pensado mucho.

El aforismo vendría a ser entonces un ejercicio espiritual de consistencia, un relámpago de conciencia, de ahí que la síntesis que representa sea, no una observación, sino una visión, o quizá, mejor dicho, una cosmovisión, como prefiere denominarlo Kraus cuando apunta: “Un libro puede engañarnos respecto a si se ofrece la cosmovisión de un autor o una que meramente representa. Una frase es la prueba de si uno tiene una cosmovisión”.

Y si me he extendido en esta reflexión a propósito del aforismo, ha sido con el propósito de hacer más convincente la necesidad de celebrar la aparición en nuestra Universidad de esta aforística, un título que me hubiera gustado más para este libro, porque sería fiel al trabajo realizado, en los dos sentidos del término: un

estudio de los aforismos y una colección de aforismos; cuyo principal mérito lo encuentro en permitirle al lector, tanto conocer más sobre una expresión lingüística poco estudiada, en una introducción que se propone ubicarla con relación a otras expresiones breves, como el dicho, el refrán y la máxima, así como disfrutar de la lectura de los aforismos, proponiendo un orden temático que permite moverse en el archipiélago de pensamientos —robándole la expresión a Carlos Pereda— con enorme libertad; pues igual que se puede leer el libro de principio a fin, se puede emprender la cacería de ideas sobre ciertos conceptos, como la muerte, el amor, el lenguaje, el aburrimiento, el propio aforismo, o lo reflexivo, lo absurdo y lo relativo. Pero habría que añadir un mérito más, el de haberse expresado con extrema claridad con respecto a su criterio de selección, una vez que declaran haber elegido el aforismo que: “se caracteriza por ser un tipo de discurso que pudiéramos calificar como intrigante, como provocador, puesto que pretende introducir la duda, resquebrajar lo firme y dar un valor a lo incierto, a lo otro, a lo desconocido”, que nos permita “poner en tela de juicio las certezas e ideas preconcebidas, y con ello sembrar la incertidumbre” (Munguía y Rocha, 22). Por otra parte, afirman su rechazo a aforismos “que traten el tema de la mujer —y otros tópicos más— cuando coincidan con las opiniones mantenidas durante milenios de tradición” (Munguía y Rocha, 24).

Esto querría decir que para las autoras, si bien el aforismo tiene siempre la cualidad de cuestionar lo convencional, en ocasiones puede pronunciarse como una máxima, sentencia o proverbio, pues en su opinión estas formas “están estructuradas desde un punto de vista avalado por la tradición y por las ideologías dominantes y, como consecuencia de ello, son moralizantes, complacientes, o simplemente cumplen con la función práctica de mantener vivas ciertas visiones del mundo convencionales, sin poner nada en tela de juicio, y sin someter a crítica las ideas heredadas [...]” (Munguía y Rocha, 26).

Como consecuencia de lo anterior, desde mi punto de vista, la resistencia del aforismo a definirse a partir de cualidades formales, como la brevedad, que comparte con el dicho, el refrán, la máxima, el apotegma y el adagio, se debe a que lo que decididamente distingue al aforismo es su cualidad ética, ya que es un acto en el que quien enuncia toma posición ante lo dado y, en virtud de que esta posición se enfrenta a lo establecido, tiene el coraje de correr el riesgo de ser rechazado o incomprendido o, incluso ser castigado, una vez que este acto de afirmación de la libertad individual produce una ruptura con los límites impuestos

por la opinión general. Por esa razón, el aforismo no es solemne pero tampoco chistoso, no agrada sino que asombra, no prescribe pero educa, pues su verdad es enemiga de la certeza, y su fin no es moralizar sino seducir.

Estoy convencida de que todos aquellos que se acerquen a este libro encontrarán en él muchos frutos de sabor exquisito y nutritivo alimento, que los llevará a compartir con Pessoa la embriagante convicción de que: “La *reductio ad absurdum* es una de mis bebidas predilectas”.

*Laura Hernández M.*

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

D. R. © Laura Hernández M. México, D. F., enero-junio, 2007.